

ter es un gran pensador, tiene la seriedad y el juicio de todo un inglés, y espiga en el campo de la metafísica, y si su sistema en conjunto es malo, malísimo, no se puede negar que á cada paso se descubre en sus páginas al hombre de genio.

Enfrente de la escuela positivista colombiana forman, compactos, los defensores de la Filosofía cristiana, los cuales, casi todos discípulos de Balmes al principio, hoy beben en la misma fuente de donde sacó él su doctrina. Figura entre éstos D. Miguel Antonio Caro, quien ha refutado con brío el sistema de Bentham, y debe á la escolástica vigor dialéctico y precisión de ideas; el Dr. Joaquín Gómez Otero, Rector del Seminario Conciliar de Bogotá, espíritu infatigable en el estudio, consumado metafísico al propio tiempo que asiduo investigador de la naturaleza; el Presbítero Abigail Morales y D. Luciano Carvalho, constantes expositores en la cátedra de la Filosofía de Santo Tomás; D. Marco Fidel Suárez, en sus *Conferencias sobre el positivismo*, expuso con lucidez las tesis de la escuela; el Dr. Gabriel Rosas, con su introducción de un texto de Filosofía tomista, ha prestado valioso favor á la juventud, y con sus estudios sobre Leibnitz ha conquistado justa reputación en el Extranjero y aquí; el Presbítero D. Carlos Cortés Lee, en cuyos sermones reviste con artística forma el pensamiento del Doctor Angélico, y nuestro Rector, el Presbítero D. Rafael María Carrasquilla, quien tiene no poca semejanza con Balmes en la claridad de la exposición. En el púlpito, en la cátedra, es antiguo adalid tomista, y á él se deben nuevos y numerosos discípulos del Doctor de Aquino.

LUIS MARÍA MORA

## MI CAMPANA

*A mi amigo de infancia Dr. D. Jorge Delgado*

¡Viérte, amiga campana,  
tu sonoro repique en esta hora  
en que el vivo fulgor de la mañana  
la altiva cumbre de los montes dora!

¡Vibre tu voz sonora  
como vibraba ayer, cuando mi mano  
traviesa é infantil gritar te hacía,  
y en la selva, en la cumbre y en el llano  
dilatabas tus notas de alegría!

¡Cómo es dulce al oído  
tu sonoro vibrar! Aquel acento  
despierta los ensueños que el olvido  
quiso acaso borrar del pensamiento.  
Al oírlo me siento  
revivir al ayer, á aquella infancia  
que huyó como la brisa pasajera,  
pero dejó en el alma la fragancia  
de una flor ideal de primavera.

Resueita en mi mente  
todo ese ayer espléndido, vestido  
con todos los celajes de un oriente  
del sol por los fulgores encendido.  
Cada dulce tañido  
algún recuerdo de esa edad despierta,  
y, vestida de luz y poesía,  
toda ilusión, toda esperanza muerta  
vuelve á surgir ante la vista mía.

Niño otra vez me veo  
trepar á la alta torre, jadeante,  
entre el loco y alegre clamoreo  
de la turba infantil: yo voy delante.  
Vencedor, arrogante  
torno á mirar atrás: un rapazuelo  
aun el primer peldaño no ha subido,  
y sus ojos me ven con el anhelo  
que el ave implume sentirá en el nido  
al mirar el condor que cruza el cielo.

—Toda cumbre es así : talvez mañana,  
 hecha esa ave condor, con rauda aliento,  
 bañándose en la luz de la mañana,  
 podrá cruzar también el firmamento,  
 y al mecerse del viento  
 en la malla sutil, quizá un gemido  
 lance, y torne á mirar á la espesura  
 en donde queda abandonado el nido  
 que le brindó calor, paz y ventura.—

Yo, la cuerda tomando,  
 te arrebatava el poderoso grito  
 que las azules cumbres escalando  
 de arrullos inundaba el infinito:  
 y á tu acento bendito  
 ante el altar humilde se postraba  
 el cortejo sin fin de adoradores,  
 y con piedad sencilla presentaba  
 su ofrenda de plegarias y de flores.

Ya era ruidosa fiesta:  
 el humo en caprichosas espirales  
 se alzaba del altar, ¡ sonora orquesta  
 derramaba sus notas inmortales;  
 brillaban los fana'es  
 con vario tinte y confusión galana  
 ante los pies beditos de MARÍA,  
 y entonaba en la torre mi campana  
 un cántico sublime de alegría.

Vi cuando el tierno niño  
 llegó á la pila bautismal: lozano  
 más que una flor; más blanco que el armiño,  
 más puro que una aurora de verano.  
 El sacerdote anciano  
 vierte en la nívea sien el agua santa;  
 la cohorte de Satán huye vencida,  
 y en tanto de la torre se levanta  
 el himno palpitante de la vida.

Tras las lejanas lomas,  
 vestida en luz, la aurora se levanta,  
 y—cándida bandada de palomas—  
 mil niñas llegan ante el ara santa.  
 Al cielo se levanta  
 —sol de vida inmortal—la hostia bendita;  
 llena los aires vaporosa esencia,  
 y allá en la torre mi campana grita  
 el himno angelical de la inocencia.

Ora pareja amante  
 del templo pisa la anchurosa puerta:  
 él, henchido de amor, marcha arrogante;  
 ella, tinta en rubor, avanza incierta.  
 De blancura cubierta  
 cae ante el ara santa reverente,  
 late su corazón con vivo anhelo,  
 y en tanto de la torre alegremente  
 el himno del amor remonta el vuelo.

¡Silencio, voz profana!  
 ¡El labio tembloroso calle inerte!  
 ¡Silencio! ¡Allá en la torre se desgrana  
 el canto gemebundo de la muerte....!  
 Mas el niño no advierte  
 esas oscuras penas terrenales,  
 y por eso talvez se confundía  
 con las dolientes notas funerales  
 mi carcajada ingenua de alegría.

Y talvez el lamento  
 no escuché de la madre dolorida  
 que con amargos ayes llena el viento  
 el fruto de su amor al ver sin vida.  
 Ni importó si rendida  
 cayó al golpe fatal virgen hermosa  
 que ayer oyó mil cánticos de amores,  
 y hoy yace allí, tranquila y silenciosa,  
 —nueva Ofelia dormida entre sus flores—

¡Cómo es bella la infancia!  
Allí ningún dolor halla cabida,  
fulgura ante la vista, á la distancia,  
llena de luz espléndida, la vida.  
Ni una nube perdida  
turba el límpido azul del firmamento  
donde el fulgor de la esperanza oscila,  
y está henchido de luz el pensamiento  
y henchida de inocencia la pupila.

Y aunque de angustias llena  
la campana alce su canción doliente,  
alegre y dulce para el alma sueña,  
dulce y alegre el corazón la siente.  
Para el niño inocente  
no existen los pesares del mañana,  
no sabe que el dolor con furia loca  
lo ha de morder, ni que la hiel insana  
del desengaño amargará su boca....

¡Vibra, campana mía,  
como en las horas de mi edad primera,  
cuando henchida de notas de alegría  
al aire dabas tu canción ligera!  
Cuando con fe sincera  
fui de niño ante el Dios de mis mayores  
á doblar reverente la rodilla,  
confundidos volaron tus rumores  
á mi plegaria cándida y sencilla.

Después, en tristes horas,  
cuando la angustia el corazón roía,  
acaso con tus notas vibradoras  
diste dulce consuelo al alma mía.  
Y tú también un día  
tañirás con dolor, cuando mis ojos  
cierre la muerte recatada y muda,  
y se trague la tierra los despojos  
del oscuro cantor que hoy te saluda.

Octubre 23: 1909.

R. ESCOBAR ROA